

CAPITULO V.

CAMPAÑAS DE FLANDES:

DE ITALIA: DEL ROSELLON: DE LA INDIA.

de 1637 á 1640.

Campaña de 1637.—Levanta el francés cuatro ejércitos contra España.—Reconquista el conde de Harcourt las islas de Lerins.—El cardenal de la Valette en Landrecy y La Chapelle: Chatillon en el Luxemburgo: Longueville en el Franco-Condado: Weymar en la Alsacia.—Ejército español en el Languedoc.—Ventajas del marqués de Leganés en el Monferrato.—Campaña de 1638.—Tentativas frustradas de los franceses en Saint-Omer y en Hesdin.—Chatillon: el príncipe Tomás de Saboya; el conde de Piccolomini.—El príncipe de Condé penetra en España y sitia á Fuenterrabía.—El arzobispo de Burdeos almirante de la flota francesa.—Derrota de los franceses delante de Fuenterrabía.—Campes de 1639.—Tres nuevos ejércitos franceses.—Meylleraie, Feuguerolles, Chatillon.—El príncipe de Orange: el cardenal infante de España.—Triunfos del príncipe de Saboya y del marqués de Leganés en el Monferrato y Lombardía.—Ingeniosa toma de Turin.—Invaden los franceses el Rosellon.—Célebre sitio de Salces.—Patriótica y heroica conducta de los catalanes.—El conde de Santa Coloma y el marqués de los Balbases.—Notable derrota del ejército francés en Salces.—Correrías marítimas del arzobispo de Burdeos por las costas de España.—Lamentable derrota de la escuadra española por los holandeses en el canal de la Mancha.—Triunfos de los holandeses en el Brasil: deshacen otra flota española.—Campaña de 1640.—Victoria del conde de Harcourt sobre el príncipe de Saboya y el marqués de Leganés

en Turin.—Guerra de los Países-Bajos, desfavorable á los franceses.—Célebre sitio y honrosa capitulación de Arras.—Arrogancia y teson de los españoles sitiados.—Cómo arruinaban á España estas guerras.—Por culpa de quién se sostenían.

La campaña de 1636 no habia sido favorable á las armas francesas, ni en ambas orillas del Rhin, ni en la Alsacia, ni en los Países Bajos, ni en Parma y Milan, ni en la Valtelina y país de los Grisonos, ni en el Franco-Condado y Picardía. Los españoles, imperiales y flamencos habian amenazado á París, y acaso fué un error haberse retirado sin acometer la consternada capital de Francia. Tropas de España habian invadido aquel reino por las fronteras de Navarra y de Guipúzcoa: Bayona se vió en peligro, y el ejército del almirante de Castilla penetró hasta el país de Labor. Los grisonos, resentidos de la usurpacion y tiranía de los franceses, sus antiguos auxiliares y amigos, aliándose en secreto con los españoles é imperiales, se alzaron contra aquellos y los arrojaron de la Valtelina. De estos y otros contratiempos y desgracias que los franceses sufrieron en la campaña de aquel año se culpaba al ministro Richelieu, que temiendo hacerse mas odioso á los suyos mostró deseos de negociar la paz, aceptando la mediacion del papa. Convínose en celebrar las conferencias en Colonia, y ya por parte de Francia y de Austria, del pontífice y del cardenal infante de España, gobernador de Flandes, habian sido enviados plenipotenciarios á aquella ciudad. Mas las

dificultades que España y el Imperio opusieron á que concurrieran los representantes de Holanda y los príncipes protestantes de Alemania, frustraron aquellas negociaciones con harto disgusto y resentimiento del monarca francés y del ministro cardenal.

Perdida mas que abandonada la Valtelina, ya no pensó Richelieu ni en conquistar el Milanésado, ni en defender al duque de Parma, antes consintió en que hiciera la paz con los españoles, y limitóse á hacer esfuerzos para la reconquista de las islas de Santa Margarita y San Honorato, á invadir los Países Bajos por la Picardía y la Champaña; y á recobrar lo que pudiera en la Alsacia y el Franco-Condado. Al efecto hizo levantar cuatro ejércitos (1637), confiriendo el mando del de la Alsacia al duque de Weymar; encomendando al mariscal de Chatillon el de Champaña, al duque de Longueville el del Franco-Condado, y al cardenal la Valette el de la Picardía. La expedición contra las islas de Lerins fué confiada al conde de Harcourt, que inmediatamente se dirigió á ellas con una flota de cuarenta bageles y veinte galeras; y despues de haber reducido á cenizas la ciudad de Oristan acometió las islas, y fué sucesivamente arrojando á los españoles de los fuertes que ocupaban, y á pesar del valor con que los defendieron; apoderóse primeramente de Santa Margarita y despues de San Honorato (marzo, 1637).

Orgullosa Richelieu con el resultado de esta afor-

tunada expedición, y en su afán de abatir el poder de los españoles, ofreció sus auxilios al príncipe de Orange, á cuya petición, y en tanto que él resolvía atacar á Breda, el cardenal de la Valette puso sitio á Landrecy con diez y ocho mil hombres. La plaza capituló (23 de julio, 1637), cuando la guarnición estaba ya reducida á doscientos cincuenta hombres y cincuenta caballos. El cardenal infante de España, que necesitaba sus fuerzas para defenderse de los holandeses, ni pudo socorrer á Landrecy atacada por la Valette, ni romper las líneas del de Orange que sitiaba á Breda. La carta que el infante español gobernador de Flandes escribió al emperador manifestándole la triste y crítica posición en que se hallaba, fué interceptada por los franceses. Alentados con esto el rey y el ministro cardenal, comunicaronla á la Valette, el cual en su virtud determinó poner sitio á La Chapelle, que sin necesidad de apuro ni causa justificada rindió por capitulación el español don Marcos de Lima y Navia (20 de setiembre, 1637), entrando en la plaza los franceses al siguiente día. Indignado el cardenal infante de tan cobarde comportamiento, mandó cortar la cabeza al gobernador Navia. En la misma campaña cayeron en poder de la Valette la plaza de Iboir y la ciudadela de Steray.

Entretanto, y mientras el príncipe de Orange continuaba apretando el sitio de Breda, el mariscal de Chatillon tomaba varias plazas á los españoles en el

Luxemburgo, y el duque de Longueville hacía rápidas conquistas en el Franco-Condado. El de Weymar en la Alsacia derrotaba á Carlos de Lorena, rechazaba á Juan de Wert, y tomaba cuarteles de invierno del otro lado del Rhin. Hasta la Guiena, en que ocupaban muchas plazas los españoles, fué abandonada por estos; no por que los forzara á ello el enemigo, sino acaso porque temieron que las enfermedades y la falta de víveres destruyeran el ejército en la estación lluviosa, é inopinadamente y sin ser combatidos se retiraron á España. Menos feliz todavía un cuerpo de trece mil españoles, que al mando del duque de Carmona y del conde de Cerbellon habia enviado el ministro al Languedoc con el fin de inquietar á los franceses por aquella parte, fué derrotado por el duque de Halluin, dejando en poder de éste muchos prisioneros, con la artillería, bagages y municiones. De modo que la campaña de 1637 en todas partes fué favorable á los franceses, al revés de lo que habia sucedido en la de 1636. Solo en Italia el marqués de Leganés, gobernador de Milan, ganó sobre ellos algunas ventajas en el Monferrato. El duque de Saboya se limitó á impedir que los españoles le quitasen sus plazas (1).

(1) Relacion de avisos que han traído á esta corte correos de Alemania, Flandes, Italia, Navarra y otras partes, deste presente mes de octubre: MS. del archivo de Salazar, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: J. 99.—Relacion ajustada con las que han venido á esta corte de diversas partes de fuera destes reinos de lo sucedido en ellos y de lo sucedido en esta corte desde 28 de febrero del año 637 hasta fin de febrero de 638: Ibid. J. 426.—Breve y ajustada relacion de lo sucedido en España, Flandes, Ale-

No fué tan afortunada la Francia en la que al año siguiente abrió el mariscal de Chatillon en los Países Bajos apoderándose de algunas plazas de segundo orden, y poniendo sitio á la de Saint-Omer (mayo, 1638). Dos regimientos franceses fueron allí acuchillados, sin salvarse un solo soldado, por el príncipe Tomás de Saboya. Tanto sintieron este golpe el rey Luis XIII. y su ministro Richelieu, que enviaron las mas severas órdenes á Chatillon para que por ninguna causa levantara el sitio, pues estaba resuelto á ir el monarca mismo en persona, si era menester, para asegurar el éxito de la empresa. A pesar de la arrogancia con que el de Chatillon contestó que no era necesario, pues tenia seguridad de bastar él solo, despues de varios y reacios combates entre los mariscales de Chatillon y de la Force por un lado, el príncipe Tomás y el conde de Piccolomini por otro, ni el general francés pudo tomar la plaza solo como habia ofrecido, ni el rey Luis se decidió á comprometer su persona en la empresa, como habia amenazado hacerlo; antes bien tuvo por prudente ordenar á Chatillon que levantara el sitio temiendo comprometer en él todo su ejército. Fué, si,

mania y otras partes de Europa Beauveau.—Hugo, Hist. MS. du desde fin de febrero de 637 hasta diciembre de 638: Madrid, viuda de Juan Gonzalez: Barcelona, Jaime Romeu.—Soto y Aguilar, Anales del reinado de Felipe IV.—Sismondi, Historia de los Franceses, t. 23.—Memorias de Richelieu.—Calmet, Historia eccia. y civil de Lorena.—Mem. MS. de

acompañado de Richelieu, á la frontera de Picardía para ver de reparar aquella humillacion con alguna otra grande empresa. Dirigieron sus miras á la plaza de Hesdin, y al efecto hicieron se les reuniesen los dos mariscales. Mas con noticia que tuvieron de que el cardenal infante de España acababa de derrotar al príncipe de Orange, abandonaron el proyecto de Hesdin, y se limitaron á tomar á Chatelet, defendida solo por seiscientos hombres, que fueron todos cruelmente pasados á cuchillo (setiembre, 1638).

Con mejor éxito peleó el duque de Weymar en la Alsacia, derrotando á Juan de Wert, y arrancando á los imperiales las plazas que tenian en aquella provincia, bien que á mucha costa algunas de ellas.

El duque de Lorena, que ejercia el mando de capitán general en Borgoña, aunque consiguió un triunfo en Poligny, tuvo que retirarse á cuarteles de invierno en Lorena, mientras el duque de Longueville se apoderaba de algunas plazas de Borgoña.

En Italia tuvieron los franceses la desgracia de perder al mariscal de Crequi, que murió de una bala de cañon al tiempo que observaba las fortificaciones de Brema, sitiada por el marqués de Leganés. Este intrépido general español rindió sucesivamente á Brema y á Vercelli (julio, 1638), sin que bastara á impedirlo el haber acudido á Italia enviado por Richelieu el cardenal de la Valette. Una enfermedad grave que sobrevino al marqués de Leganés le imposibilitó de

continuar sus conquistas, y el mando del ejército español de Milan recayó en don Francisco de Mello.

Mientras de este modo, sin grandes ni decisivos resultados, pero en incesante lucha, combatian las armas imperiales y españolas con las holandesas y francesas en Alemania, en Italia y en los Países Bajos, el incansable enemigo de la casa austriaco-española cardenal de Richelieu, determinó traer la guerra dentro del territorio español, como antes el conde-duque de Olivares la habia llevado al suelo francés. Tres cuerpos de ejército al mando del príncipe de Condé se pusieron en marcha hácia nuestra frontera: dos de ellos se juntaron en San Juan de Pié-de-Puerto: el otro se situó en Bayona. Incierta la córte de Madrid sobre el rumbo que tomaria el enemigo, dispuso guarnecer á Pamplona y otras plazas de Navarra. Mas la reunion de los tres cuerpos franceses de San Juan de Luz hizo comprender que el proyecto de Condé era atacar á Fuenterrabía. En efecto, no tardó en pasar el Bidasoa, y entrar en Irún, haciendo retirar á dos mil españoles que defendian el paso del rio. Tomados fácilmente el fuerte de Figuiet y el puerto de Pasages, y reforzado por el marqués de la Force, puso sitio á Fuenterrabía atacándola por mar y tierra (julio, 1638). Surtíanla no obstante de víveres y municiones las barcas que iban de San Sebastian, hasta que vino á impedir la entrada de estos socorros un flota francesa al mando del arzobispo de Burdeos (2 de agosto,

1638). Otra flota que los españoles armaron para seguir auxiliando la plaza, fué embestida por la del prelado guerrero en la rada de Guetaria, echados á pique é incendiados todos los galeones (22 de agosto). Perdiéronse con ellos cuatro mil hombres, y perdióse tambien toda esperanza de socorro: mas no por eso decayó de ánimo la guarnición. Temia por su parte el príncipe francés al ejército que el almirante de Castilla estaba reuniendo para ir á atacarle en su mismo campo. Apresuró con esto las obras de mina; pero el marqués de Gesbres que se adelantó á situarse bajo tiro de cañon, hubo de retirarse herido de bala en la cabeza, y el duque de la Valette que logró abrir una pequeña brecha en uno de los bastiones, fué rechazado tambien con gran pérdida (1). Entonces el de Condé encomendó el asalto al arzobispo de Burdeos, que llevó á las trincheras todas sus tropas de marina, y llegó á lisonjearse de hacerse dueño de ella. Pero frustró sus esperanzas un ataque impetuoso que los espa-

(1) El ministro Richelieu culpó al duque de la Valette de haberse levantado y perdido el sitio de Fuenterrabia. Aunque la acusacion era injusta, la Valette fué entregado á jueces comisarios. Habiendo asistido el rey Luis XIII. á este juicio, el presidente Bellièvre le dirigió estas memorables palabras: «¿Podrá V. M. soportar la vista de un gentil-hombre en el banquillo, que no ha de salir de su presencia sino para morir en un cadalso? Esto es incompatible con

la magestad real. El príncipe debe llevar consigo las gracias por todas partes; todos los que ante él parecen deben retirarse contentos y gozosos.»—Luis XIII. respondió: «Los que dicen que yo no puedo dar los jueces que me parezca á los súbditos que me han ofendido, son ignorantes, indignos de poseer sus cargos.» La Valette fué condenado á muerte, pero habia huido.—El lector juzgará entre la dignidad de las palabras del magistrado y las del monarca.

ñoles le dieron en su mismo campo. Una línea flanqueada con dos reductos que en el cuartel de Guadalupe guardaba el marqués de la Force con tres mil hombres fué forzada por seis mil infantes españoles al mando del marqués de Mortara, que tomando el reducto de la izquierda entraron en el campamento francés degollando á cuantos encontraron. Apoderóse el pánico de los franceses: el arzobispo de Burdeos se refugió á sus bageles desalentado: siguióle el de Condé entrándose aturdidamente en el agua hasta ganar una chalupa: los demas no pararon hasta Bayona, creyendo siempre sentir en las espaldas las puntas de las espadas españolas (setiembre, 1638).

Esta victoria, que salvó á Fuenterrabia, llenó de gozo á la córte de Madrid, tanto como consternó la de Francia. Tal fué en resúmen el resultado que tuvo en todas partes la campaña de 1638 (1).

(1) Además de las historias nacionales y extranjeras de este reinado, hemos tenido presentes para la sucinta narracion de estos sucesos los documentos siguientes, manuscritos en su mayor parte.—Sitio y socorro de Fuenterrabia en 1638, por el excelentísimo señor don Juan Palafox y Mendoza: Madrid, 1793.—Sucesos felices de Fuenterrabia, elogio del almirante, ó historia de todo lo sucedido: Archivo de Salazar, núms. 12 y 38, t. 61, V. 14.—Segunda relacion de la gran presa que les tomaron á los franceses en Fuenterrabia, y número de muertos que hubo: Sevilla, por Nicolás Rodriguez.—Relacion verdadera de la insigne y feliz victoria que los invictos españoles han tenido, etc. Granada, por Andrés Palomino.—Carta que don Miguel de Zabalza, vicario de la villa de Renteria, escribió á un correspondiente suyo sobre la entrada de las armas de S. M. en Francia, conducidas por la provincia de Guipúzcoa y reino de Navarra: Salazar, J. 426.—Relacion verdadera de la grandiosa victoria que las armas de España, etc. Sevilla, por Juan Gomez.—Segunda relacion escrita en 14 de setiembre de este año por el P. Cristóbal Escudero, de la Compañía de Jesus, al arzobispo de Burgos, en que da cuenta de la feliz victoria, etc.—Tercera

Mas no por eso dejó de proseguir con mas ardor la guerra al año siguiente en todos los puntos. Las fuerzas de Francia y de España parecian inagotables; implacable el furor con que se combatian. Richelieu puso en pie otros tres nuevos ejércitos al mando de los generales de su mayor confianza. El primero, guiado por Mr. de la Meylleraie, habia de operar en el Artois; el segundo, por el marqués de Feuquières, en el Luxemburgo; el tercero bajo las órdenes del mariscal de Chatillon. Weymar continuaria sus conquistas en las fronteras de Alemania. Encomendó el ejército de Italia al cardenal de la Valette; al príncipe de Condé las tropas destinadas á entrar en el Rosellon; al arzobispo de Burdeos la armada del Océano; la del Mediterráneo al conde de Harcourt; al marqués de Brezé el mando de las galeras. España se vió tambien en la necesidad de hacer los mayores esfuerzos. Ordenóse á Piccolomini pasar á Flandes para ir al cardenal

relacion y muy copiosa del socorro de Fuenterrabia.—Carta escrita desde Navarra y puerto de San Sebastian á Zaragoza dando aviso de lo que ha sucedido, etc.—Carta de Fuenterrabia á Guipúzcoa pidiendo socorro: MS. de Vargas Ponce, t. 22, en la Real Academia de la Historia, Est. 20, g. 2. número 22.—Relacion verdadera del socorro que á Fuenterrabia dieron los excelentes almirante de Castilla y marqués de los Velez, virey de Navarra, generales de ambas coronas en esta faccion, vispera de Nuestra Señora de Se-

tiembre de este año de 1639; escribió don Inso Martinez de Aguilar, que se halló en el escuadron volante gobernado por el marqués de Torrecusa, maese de campo general de los tercios de Navarra: Arch. de Salazar, J. 426.

«Trajo el francés, dice Soto y Aguilar en sus Anales, gran cantidad de bombas de fuego, nueva y diabólica invencion, que arrojó á los cercados por espacio de seis dias continuos, derribando muchas casas, y obligándolos á vivir en algunas cuevas que hicieron en la tierra.»

nal infante á resistir á los tres ejércitos franceses, y el príncipe Tomás de Saboya tuvo orden de trasladarse á Italia para obrar de concierto con el marqués de Leganés.

Bajo estos planes comenzó la campaña de 1639 en el Luxemburgo. Feuquières sitió y atacó la plaza de Thionville; pero socorrida oportunamente por Piccolomini, y batidos despues los franceses en su campo, rota su caballería, y su infantería deshecha, perdida la artillería y los bagages, y prisionero el mismo marqués de Feuquières, Richelieu vió con amargura humillado su orgullo y el de su nacion en este primer hecho de armas (mayo, 1639). Piccolomini amaga luego á Mouzon, y pasa despues á reunirse al cardenal infante para salvar la plaza de Hesdin que tenia apretada el de Meylleraie. Esta plaza era de las mas bien fortificadas de Europa. La presencia del rey de Francia animó á Piccolomini, que duró desde el 19 de mayo hasta el 30 de junio, en que el gobernador de la plaza conde de Hanape dió capitulacion. Aunque honrosa ésta en sus condiciones, no debió estar justificada, cuando el cardenal infante hizo arrestar al gobernador que la ajustó. Este triunfo, y el haber obligado el príncipe de Orange al infante cardenal á tener divididas sus tropas, proporcionó á los franceses la conquista de algunas plazas en el Artois, y una victoria de Feuquières sobre el marqués de Fuentes que mandaba allí una pequeña division española. Tambien

el mariscal de Chatillon se apoderó de Iboir (agosto, 1639), cuyos muros mandó arrasar el monarca francés que se hallaba presente. La satisfacción del rey Luis por estos triunfos fué turbada con la noticia que recibió de la muerte del marqués de Weymar, acaecida en ocasión que echaba un puente sobre el Rhin para proseguir sus conquistas en Alemania ⁽¹⁾.

De otro modo marchaban las cosas para los franceses en Italia, principalmente desde la llegada del príncipe Tomás de Saboya. Entre este príncipe y el marqués de Leganés, gobernador de Milan, obrando con dos cuerpos de ejército, el uno en el Monferrato y el otro en el Piamonte, é incorporándose los dos cuando convenia, en poco tiempo y con facilidad se hicieron dueños de multitud de plazas y ciudades. Chivas, Ancio, Quierz, Ivrea, Verna, Crescentino, Asti, Saluzzo, Coni y otras varias cayeron sucesivamente en su poder; y poco faltó para que se apoderaran de Turin, en cuyos arrabales llegó á alojarse el príncipe Tomás, y hubiéranlo realizado á no haberse llegado antes que ellos el cardenal de la Valette. Por la parte marítima del ducado de Saboya, unidas las fuerzas del cardenal

(1) Girardot de Noseroy, Historia de los Diez años del Franco-Condado, de 1632 á 1642.—Soto y Aguilar, Anales de Felipe IV.—Limiers, Histoire du regne du Louis XIV. tom. I., lib. I.—Entretanto, y mientras el inconstante duque Carlos de Lorena andaba en negociaciones con Richelieu,

su hermano el cardenal Francisco vino á Madrid á pedir socorros de dinero, y el gobierno español, pródigo siempre con los de fuera, le concedió una pension de veinte mil ducados anuales.—Hannequin, Mem. MS.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena, números 105 y 107.

de aquel título con la flota de España, y sin que el conde de Harcourt pudiera evitarlo, el pueblo y la guarnicion de Niza se levantaron contra el gobernador y abrieron las puertas al cardenal, que inmediatamente se apoderó tambien del puerto y ciudadela de Villafrauca. Toda la Saboya se hallaba sublevada contra la duquesa viuda ⁽¹⁾, que para conservar alguna protección de la Francia tuvo que sucumbir á humillantes tratados. Y en tanto que esto pasaba, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés continuaban con ardor sus conquistas, tomaban á Montealvo, Pontestura y Trino, y si bien la Valette recobraba á Chivas, los generales españoles formaban el proyecto de apoderarse por sorpresa de Turin para hacerse dueños absolutos del Piamonte.

Lograronlo por medio de un ardid ingenioso. Seccientos hombres entraron por diferentes puntos en la ciudad, fingiéndose servidores de la princesa regente que iban de diferentes partes del Piamonte (julio, 1639). El estallar de un petardo fué la señal para que se abrieran todas las puertas, y el príncipe entró en medio de aclamaciones en una ciudad en que con-

(1) La duquesa Cristina era hermana de Luis XIII. Su esposo el duque Victor Amadeo habia muerto en octubre de 1638. Por intrigas de Richelieu fué nombrada la princesa Cristina su viuda, tutora de sus hijos, logrando apartar del gobierno al príncipe Tomás y al cardenal Mauricio de Saboya, hermanos del duque difunto y

enemigos de la Francia. De aqui la alianza de la duquesa con los franceses, y la enemiga de sus cuñados el príncipe y el cardenal. El tierno heredero del ducado de Saboya murió luego á la edad de siete años, sucediéndole su hermano Carlos Manuel, que solo tenia cinco. La duquesa su madre era regente y tutora.